

El Estadio del Espejo “de Jacques Lacan”. Crónica de una mascarada (I)

JESÚS GONZÁLEZ REQUENA
Universidad Complutense de Madrid

Jacques Lacan's Mirror Stage. Chronicle of a masquerade (I)

Abstract

We are going to start this paper by establishing the excessive and symptomatic claim of authorship that Jacques Lacan made with what he identified as his mirror stage. We will study the peculiarities of the historical context in which that claim was formulated, review and discuss Roudinesco's version in this regard, and proceed to elucidate the real sources of the Lacanian theory and the processes of masquerade that go with it. In this first part of this work the focus is on revealing the debt owed and not recognised to James Mark Baldwin, and we will proceed to formulate the thesis that the reason for the progressive and accelerated illegitimacy of the Lacanian writing was due to the concealment of the psychological origin of the sources used.

Key words: Lacan. Psychoanalysis. Psychology. Textual analysis. Baldwin.

Resumen

En este trabajo se comienza constatando la desmesurada y sintomática reclamación de autoría que Jacques Lacan realizara de lo que identificó como su estadio del espejo, se estudian las peculiaridades del contexto histórico en el que esa reclamación fue formulada, se revisa y discute la versión de Roudinesco sobre el asunto y se procede a la dilucidación de las fuentes reales de la teoría lacaniana y a los procesos de enmascaramiento que la acompañan. En esta primera parte, el trabajo se concentra en la puesta en evidencia de la importancia de la deuda contraída y no reconocida con James Mark Baldwin y se formula la tesis de que la ocultación del origen psicológico de las fuentes utilizadas fue el motivo de la progresiva y acelerada ilegitimidad de la escritura lacaniana.

Palabras clave: Lacan. Psicoanálisis. Psicología. Análisis textual. Baldwin.

ISSN. 1137-4802. pp. 33-60

I. *Marienbad*

Reclamación de autoría

Sigmund Freud habló, y mucho, de esas fases de la vida del niño que identificó como las fases oral, sádico-anal, fálica y genital. Pero nunca se refirió a ellas como *las fases de Sigmund Freud*. Así, por ejemplo, nunca escribió ni habló de *la fase oral de Sigmund Freud*.

Tampoco habló nunca Melanie Klein de *la fase esquizo-paranoide de Melanie Klein*, por más que la conceptualizara y tantas veces se ocupara de ella, como de la posterior fase depresiva, *dos*, como es sabido, de sus más notables aportes al desarrollo de la teoría psicoanalítica.

Jacques Lacan, en cambio, no cesó de hablar de *la fase del espejo de Jacques Lacan*:

«diversas especies de espejismos imaginarios de la psicología concreta (...) son causa de que se haga memoria de *mi estadio del espejo* por la virtud de la imagen y por obra y gracia del espíritu santo del lenguaje. “¡Vaya! –se suele decir–, esto hace pensar en *la famosa historia de Lacan, el estadio del espejo*. ¿Qué decía, exactamente?”»

Jacques Lacan: 1946, *Acerca de la causalidad psíquica*, epígrafe; *Los efectos psíquicos del modo imaginario*, en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México, 2009, traducción de Tomás Segovia y Armando Suárez.

«Volvemos a encontrar también aquí *el clásico estadio del espejo de Jacques Lacan*, ese momento de viraje que aparece en el desarrollo cuando el individuo hace de su propia imagen en el espejo, de él mismo, un ejercicio triunfante.»

Jacques Lacan: 1954, *Seminario 1, 1953-1954 Los escritos técnicos de Freud*, sesión de 07-04-1954, Traducción de Rithee Cevasco y Vicente Mira Pascual, revisión de Diana Rabinovich con el acuerdo de Jacques-Alain Miller.

«Y gracias a eso es que frecuentemente *Lacan esquematiza en el estadio del espejo* dibujando ese espejo mismo, poniendo que es al Otro el espejo en el cual se refleja el yo en este desconocimiento.»

Jacques Lacan: 1965, *Seminario 13, 1965-1966 El objeto del psicoanálisis*, sesión de 23-02-1965, Traducción de Jorge Arella para la Escuela Freudiana de la Argentina.

Es notable que no haya costumbre, en la abultada bibliografía psicoanalítica sobre el asunto, de reparar en rasgo tan notable, dadas sus posibles implicaciones sintomáticas, tanto por lo que se refiere al hecho de hablar de uno mismo en tercera persona –rasgo característico de ciertas patologías psíquicas–, como por la desmesurada proclamación de autoría que ello supone y que nunca fue habitual ni en la historia de los textos psicoanalíticos ni, en general, en la del pensamiento científico o filosófico –aunque, por lo que se refiere a éste último, sea obligado anotar la excepción de Nietzsche.

Y sin embargo, la reclamación insistente de esa autoría recorre toda la obra del psicoanalista francés:

«A la posición de un problema como éste responde *mi construcción denominada del estadio del espejo*, o, como se querría decir mejor, de la *fase del espejo*.»

Jacques Lacan: 1946, *Acerca de la causalidad psíquica*, epígrafe; *Los efectos psíquicos del modo imaginario*, en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México, 2009, traducción de Tomás Segovia y Armando Suárez.

«*La concepción del estadio del espejo que introduje en nuestro último congreso, hace trece años*, por haber más o menos pasado desde entonces al uso del grupo francés, no me pareció indigna de ser recordada a la atención de ustedes: hoy especialmente en razón de las luces que aporta sobre la función del yo [je] en la experiencia que de él nos da el psicoanálisis.»

Jacques Lacan: 1949, *El estadio del espejo como formador de la función del yo*, en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México, 1972, traducción de Tomás Segovia.

«Insisto en este punto en *mi teoría del estadio del espejo*.»

Jacques Lacan: 1954, *Seminario 1, 1953-1954 Los escritos técnicos de Freud*, sesión de 24-02-1954. Traducción de Rithee Cevasco y Vicente Mira Pascual, revisión de Diana Rabinovich con el acuerdo de Jacques-Alain Miller.

«Quienes ya están iniciados a *mi enseñanza*, verán que esta idea confirma la utilidad de *mi concepción del estadio del espejo*.»

Jacques Lacan: 1954, *Seminario 1, 1953-1954 Los escritos técnicos de Freud*, sesión de 17-03-1954. Traducción de Rithee Cevasco y Vicente Mira Pascual, revisión de Diana Rabinovich con el acuerdo de Jacques-Alain Miller.

«Pude mostrarles, el año pasado, el júbilo del niño frente al espejo durante este período, en una película de Gesell quien, sin embargo, nunca había oído hablar de *mi estadio del espejo*...»

Jacques Lacan: 1954, *Seminario 1, 1953-1954 Los escritos técnicos de Freud*, sesión de 05-05-1954. Traducción de Rithee Cevasco y Vicente Mira Pascual, revisión de Diana Rabinovich con el acuerdo de Jacques-Alain Miller.

«El juego de este modelo por una parte recubre la función de desconocimiento que *nuestra concepción del estadio del espejo* sitúa en el principio de la formación del Yo.»

Jacques Lacan: 1960, *Observación sobre el informe de Daniel Lagache*: “Psicoanálisis y estructura de la personalidad”, en *Escritos* 2, Siglo XXI, México, 1980, traducción de Tomás Segovia.

«No volveremos aquí la función de *nuestro estadio del espejo*, punto estratégico primero alzado por nosotros como objeción al favor concedido en la teoría al pretendido *yo autónomo*.»

Jacques Lacan: 1960 *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*, en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México, 1972, traducción de Tomás Segovia.

«Y he aquí *mi vieja temática del estadio del espejo...*»

Jacques Lacan: 1961, *Seminario 8, 1960-1961 La transferencia*, sesión de 07-06-1961. Traducción de Catherine Meyer y Haydee Heinrich.

«¿Por dónde pasa *cuando comencé a enunciar la función*, la función fundamental en la institución general del campo del objeto, *del estadio del espejo?*»

Jacques Lacan: 1963, *Seminario 10, 1962-1963 La angustia*, sesión de 09-01-1962. Traducción de Irene M. Agoff, supervisión de Isidoro Vegh y Juan Carlos Cosentino.

«Les pediré que vuelvan por un instante a *mi estadio del espejo.*»

Jacques Lacan: 1963, *Seminario 10, 1962-1963 La angustia*, sesión de 27-03-1963. Traducción de Irene M. Agoff, supervisión de Isidoro Vegh y Juan Carlos Cosentino.

«Está allí desde siempre, *lo que he acentuado bajo el título del estadio del espejo*, del carácter nodal de la relación del yo a la imagen especular.»

Jacques Lacan: 1965, *Seminario 12, 1964-1965 Problemas cruciales para el psicoanálisis*, sesión del 03-02-1965. Traducción de Ricardo E. Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires

«*alguien que manifiestamente fue guiado allí por las sugerencias que recibió del conocimiento de mi estadio del espejo.*»

Jacques Lacan: 1965, *Seminario 13, 1965-1966 El objeto del psicoanálisis* sesión del 19-01-1965. Traducción de Jorge Tarella para la Escuela Freudiana de la Argentina.

«el *“estadio del espejo” fue producido por nosotros, todavía a las puertas de la titulación usual, en 1936...*»

Jacques Lacan: 1966, *De nuestros antecedentes*, en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México, 1972, traducción de Tomás Segovia.

«La resistencia de que hablamos está en lo imaginario. Y fue *al haberle dado, desde nuestros primeros pasos en el psicoanálisis, en el estadio del espejo*, su estatuto, como pudimos después dar correctamente su lugar al simbolismo.»

Jacques Lacan: 1966, *De un silabario a posteriori*, en *Escritos*, vol. 2, Siglo XXI, México, 1984, traducción de Tomás Segovia y Armando Suárez.

«*cuando establecimos la función del estadio del espejo.*»

Jacques Lacan: 1967, *Seminario 14, 1966-1967 La lógica del fantasma*, sesión del 12-04-1967. Traducción de Pablo G. Kaina.

«*cuando entré en el psicoanálisis con una escobilla que se llamaba estadio del espejo...*»

Jacques Lacan: 1968, *Seminario 15, 1967-1968 El acto psicoanalítico*, sesión del 10-01-1968. Traducción de Ricardo E. Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

«El trazo unario es el soporte de aquello de lo que yo partí bajo el nombre de estadio del espejo, es decir de identificación imaginaria.»

Jacques Lacan: 1972, *Seminario 19, 1971-1972 ...Ou pire*. El saber del psicoanalista, sesión del 10-05-1972. Traducción de Ricardo E. Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

«Yo había visto un pequeño film que me había sido aportado por Jenny Aubry para proponérmelo a título de ilustración de lo que en ese momento yo llamaba el estadio del espejo.»

Jacques Lacan: 1975, *Seminario 22, 1974-1975 R.S.I.*, sesión del 11-03-1975. Traducción de Ricardo E. Rodríguez Ponte.

Por lo que tiene de insistentemente repetitiva, esta tan extraordinariamente sistemática reclamación de autoría invita a toda mirada psicoanalítica –a toda aquella, al menos, que no se encuentre capturada por el lamentable culto a la personalidad del genio que impregna a tantos sectores del psicoanálisis contemporáneo–, a la puesta en duda de lo alegado en tal reclamación.

El olvido y la humillación

La cuestión más notable, cuando comienza a estudiarse el asunto, estriba en que la mencionada reclamación fija el origen de la autoría en cuestión en un texto que... no fue publicado nunca. Su título es: *El estadio del espejo. Teoría de un momento estructurante y genético de la constitución de la realidad, concebido en relación con la experiencia y la doctrina psicoanalítica*.

Se trata de la comunicación que Lacan presentó en 1936, en el 14º Congreso Psicoanalítico Internacional, celebrado en Marienbad. Así lo confirma él en una nota a pie de página de sus *Escritos*:

«Fue en el Congreso de Marienbad (31 de julio de 1936) donde tomó su lugar este primer pivote de nuestra intervención en la teoría psicoanalítica. Se encontrará una referencia irónica a él en las pp. 184-185 de esta recopilación¹, con indicación del tomo de la *Encyclopédie française* que da fe de la fecha de estas tesis (1938). Habíamos descuidado en efecto entregar el texto para la memoria del Congreso.»

Jacques Lacan: 1966, *De nuestros antecedentes*, en *Escritos, vol. I*, Siglo XXI, México, 1972. Traducción de Tomás Segovia revisada con la colaboración del autor y de Juan David Nasio.

¹ Hemos corregido en este punto de la traducción española (que dice: “de la edición francesa (*Écrits*, Du Seuil, 1966)”) restaurando la literalidad del original.

Notable olvido éste que ni Lacan ni ninguno de sus estudiosos, a pesar de la índole psicoanalítica de todos ellos, ha querido nunca explicar, ni siquiera interrogar.

Ni siquiera su biógrafa, Elisabeth Roudinesco, quien, sin tematizarlo directamente, parece atribuirlo implícitamente a la *humillación* que habría sufrido Lacan cuando su intervención en aquel congreso fue interrumpida por Ernst Jones. Es el propio *humillado* quien lo cuenta en esa *referencia irónica* a la que aludía en la nota recién citada:

«Hice en 1936 una comunicación al respecto dirigida formalmente al Congreso de Marienbad, al menos hasta el punto que coincidía exactamente con la cuarta llamada del minuto décimo, en que me interrumpió Jones, quien presidía el congreso en su carácter de presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Londres, posición para la cual lo calificaba, sin duda, el hecho de no haber podido yo encontrar jamás a uno de sus colegas ingleses que dejara de hacerme partícipe de algún rasgo desagradable de su carácter. No obstante, los miembros del grupo vienés, allí reunidos como aves antes de la inminente migración, dieron a mi exposición una acogida bastante calurosa. No entregué mis papeles a la secretaria encargada de los informes del congreso, y podréis hallar lo esencial de mi exposición en unas breves líneas de mi artículo sobre la familia aparecido en 1938 en la *Encyclopédie Française*, en el tomo dedicado a la vida mental.»

Jacques Lacan: 1946, *Acerca de la causalidad psíquica, Los efectos psíquicos del modo imaginario*, en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México, 2009, traducción de Tomás Segovia y Armando Suárez.

Humillación a la que Roudinesco añade la *furia* provocada en Lacan por las en su opinión incorrectas interpretaciones adaptacionistas que realizaban los intervinientes de aquel día –Loewenstein, Odier, Parcheminey, Paul Schiff, Lagache y Marie Bonaparte:

«Se comprende la furia de Lacan y la humillación que resintió cuando Jones le dio la orden de interrumpirse.»

Élisabeth Roudinesco: 1993, *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, 3ª parte La edad adulta, Capítulo 4 Marienbad, F.C.E., Colombia, 2000, p. 177.

¿Se comprende? Ciertamente, pero ¿en qué plano? ¿A partir de qué patrón de interpretación? Pues la llamada al orden de Jones, como presidente de mesa del congreso, obedecía a la finalización del tiempo que su intervención tenía asignada en el mismo, por lo que darse por *humillado* en tal situación equivalía a exigir un trato de excepción diferente a aquel del que eran objeto la mayor parte de sus colegas allí presentes. Recuérdese, por lo demás, que en 1936 Lacan era un joven de 35 años, mientras

que Jones, además de presidente de mesa, era el Presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional y contaba ya con 57. No menos significativo es el hecho de que Lacan realizará su *referencia irónica* sobre Jones en su intervención en otro congreso científico: las Jornadas psiquiátricas de Bonneval realizadas en 1946 y justo en el instante en que, como colofón de su intervención, comenzaba la exposición de *su estadio del espejo*.

En cualquier caso, si el marco horario del que Lacan disponía no era suficiente para sostener su propuesta teórica y así corregir la erróneas intervenciones de sus colegas, ¿qué mejor solución que entregar prontamente su texto a la secretaría del congreso para que pudiera ser publicado en las actas del mismo? –y no en cualquier sitio sino en la más prestigiosa y difundida revista psicoanalítica de su tiempo, *The International Journal of Psychoanalysis*.

El préstamo

Es ciertamente notable, por otra parte, que la biógrafa no repare en la posible relación entre tan sorprendente omisión y cierto *préstamo* que ella misma describe en su libro:

«la toma en préstamo de la noción de *estadio del espejo*, nacida de los trabajos de Henri Wallon, fue decisiva. Y puede medirse su importancia por la amplitud de las declaraciones a las que se entregó para borrar el nombre del psicólogo y presentarse él mismo como el único introductor del término. La historia de las diversas definiciones aportadas por Lacan a ese famoso estadio se despliega en un verdadero folletín.»

Élisabeth Roudinesco: 1993, *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, 3ª parte La edad adulta, Capítulo 4 Marienbad, F.C.E., Colombia, 2000, p. 172.

La expresión *toma en préstamo* apenas alcanza el estatuto de amable eufemismo si se ve seguida del señalamiento de esa amplitud de declaraciones a las que Lacan se entregó para borrar el nombre del psicólogo y presentarse él mismo como el único introductor del término. Pues, obviamente, sería plagio la palabra apropiada cuando alguien toma ideas de otro sin citarlas –y ciertamente el nombre de Henri Wallon solo aparece en dos ocasiones en la totalidad de los escritos y seminarios de Lacan y ninguna de ellas en relación con el estadio del espejo² –y, además, actúa conscientemente con el fin de borrar todo rastro de la autoría original.

² En la primera es aludido tanto solo en la calidad de editor del texto de Lacan en la *Encyclopédie Française* -Jacques LACAN: 1946, *Acerca de la causalidad psíquica*, en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México, 2009, traducción de Tomás Segovia y Armando Suárez. En la segunda en el texto de *La agresividad en psicoanálisis*, sólo un instante antes de comenzar a exponer *su estadio del espejo* -Jacques LACAN: 1948 *La agresividad en psicoanálisis*, Tesis IV: La agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que..., en *Escritos 2*, Siglo XXI, México, 1980, traducción de Tomás Segovia. De ella nos ocuparemos en la segunda entrega de este trabajo.

Ciertamente, Roudinesco no da ese paso sino que, poco después de haber realizado estas afirmaciones, pasa a afirmar que

«Jacques Lacan (...) se apropió la noción walloniana de *estadio del espejo* para transformarla de cabo a rabo (*de fond en comble*).»

Élisabeth Roudinesco: 1993, *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, 3ª parte La edad adulta, Capítulo 4 Marienbad, F.C.E., Colombia, 2000, p. 173.

Enunciado éste que sin duda reconforta a la biógrafa, pero que resulta ciertamente poco plausible pues, si realmente hubiera sido así, si Lacan hubiera realizado una interpretación de los datos presentados por Wallon totalmente diferente a la de éste, ¿qué motivo podría tener para no citarle? ¿No hubiera resultado más eficaz y convincente su intervención si hubiera introducido de modo polémico esa interpretación reconociendo el origen de los datos interpretados –y cuya autenticidad vendría, en tal caso, garantizada por su prestigioso origen?

Sobran los motivos para ponerlo en duda, incluso para poner en duda que la biógrafa conozca suficientemente la obra de Henri Wallon, dado que afirma que:

«Wallon se adhería a la idea darwiniana según la cual la transformación de un individuo en sujeto pasa por los desfiladeros de una dialéctica natural. En el marco de esta transformación, donde se trata para el niño de resolver sus conflictos, la prueba llamada del espejo es un rito de paso que interviene entre seis y ocho meses. Permite al niño reconocerse y unificar su yo en el espacio. La prueba especifica así el paso de lo especular a lo imaginario, y después de lo imaginario a lo simbólico.»

Élisabeth Roudinesco: 1993, *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, 3ª parte La edad adulta, Capítulo 4 Marienbad, F.C.E., Colombia, 2000, p. 173.

Nada que objetar a la frase final –pero si ello *especifica así el paso de lo especular a lo imaginario, y después de lo imaginario a lo simbólico*, queda seriamente cuestionado el aserto anterior de que Lacan habría transformado *de arriba a abajo* la noción walloniana. Pero resulta obligado cuestionar el resto del párrafo, no sólo porque se contradice también en su mismo interior –un *rito de paso* es un hecho cultural que en nada responde a una *dialéctica natural* y una *dialéctica natural* no puede conducir, *per se*, a algo tan opuesto a lo natural como *lo simbólico*–, sino que resulta meramente insostenible que el libro de Wallon al que la autora hace referencia –*Los orígenes del carácter en el niño*– participe lo más mínimo de tal *idea darwiniana* de una *dialéctica natural*. Basta, para confirmarlo con recordar que el psicólogo que insistió siempre

en la *unidad indisoluble que forman el niño y el adulto, el hombre y la sociedad* afirmaba en las conclusiones de su libro que

«los primeros sistemas de reacciones que se organizan bajo la influencia del ambiente, las emociones, tienden a realizar, por medio de manifestaciones consonantes y contagiosas, una fusión de sensibilidad entre el individuo y lo que lo rodea. (...) Pero son el punto de partida de su conciencia personal sólo por intermedio del grupo, con el cual comienzan por fundirlo, y de quien él recibirá las fórmulas diferenciadas de acción y los instrumentos sin los cuales le será imposible operar las distinciones y las clasificaciones necesarias para el conocimiento de la cosas y de sí mismo.»

Wallon, Henry: 1934, *Los orígenes del carácter en el niño. Los preludios del sentimiento de personalidad*, 3ªParte: *La conciencia de sí, Conclusión*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1975, p. 278.

Ninguna dialéctica natural. Si existen algunas referencias a Darwin en su libro no responden a una adhesión a su pensamiento sino, sencillamente, al hecho de que fue el célebre naturalista el primero que reparó por escrito en lo peculiar de la conducta del niño cuando se contempla en el espejo (p. 207). Y cuando eso no es así se debe, no a una adhesión a los postulados darwinianos, sino precisamente a todo lo contrario, a un neto cuestionamiento de cierta tesis de Guillaume que, precisamente, podría participar del evolucionismo darwiniano:

«Por ejemplo Guillaume, al estudiar la imitación, sostiene que la simpatía, lejos de poder contribuir a suscitarse, es ella misma un simple residuo de acciones pasadas, cuyo completo despertar estaría inhibido actualmente. Tesis inspirada, parece, en aquella por la cual Darwin intentó reducir la expresión de las emociones a un vestigio de movimientos útiles en otro tiempo y que las condiciones presentes de existencia habrían hecho superfluos. Pero habría que probar la existencia anterior de estos movimientos o acciones. Y veremos que, en el niño, esto es inadmisibles en la edad en que se producen las primeras manifestaciones de simpatía.»

Wallon, Henry: 1934, *Los orígenes del carácter en el niño. Los preludios del sentimiento de personalidad*, 3ªParte: *La conciencia de sí, Capítulo 4 Sincretismo diferenciado, II) La simpatía*, epígrafe a) *Mimetismo afectivo y sociabilidad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1975, p. 245.

En la cuarta parte de este trabajo nos ocuparemos de la magnitud de la deuda contraída por Lacan con Heri Wallon –y no pagada nunca con el justo reconocimiento. Pero antes de ello conviene que nos detengamos en otros aspectos notables relativos al Congreso de Marienbad.

La acogida bastante calurosa

¿Los miembros del grupo vienés dieron una acogida bastante calurosa a la comunicación de Lacan en el congreso de Marienbad? Así lo afirma Lacan, como ya hemos visto, y así lo acepta Roudinesco –no hay motivo para dudarlo (p. 178). Cuesta creerlo, sin embargo, si atendemos al texto de 1938 –*La familia*, en la *Encyclopédie française*– al que el propio Lacan remite como el primer lugar donde se publicaron los contenidos de la comunicación inédita:

«La agresividad, sin embargo, se muestra como secundaria a la identificación, sobre todo en la situación fraterna primitiva.

«En relación con este punto, la doctrina freudiana es incierta: en efecto, el biólogo otorga un gran crédito a la idea darwiniana de que la lucha se encuentra en los orígenes mismos de la vida; pero, sin duda, se debe reconocer aquí el principio menos criticado de un énfasis moralizante que se transmite en vulgaridades tales como: *homo homini lupus*.»

Jacques Lacan: 1938, *La familia*, Capítulo I *El complejo de la intrusión. Los celos, arquetipo de los sentimientos sociales*, Homo Sapiens, Argentina, 1977, traducción de Vittorio Fishman.

Es más que probable que, a diferencia de Lacan, la mayoría de los psicoanalistas presentes en el congreso de Marienbad habrían leído ya *El malestar en la cultura* –publicado en 1930– donde Freud no sólo utilizaba, sino que hacía suya, en su reflexión sobre la violencia humana, la expresión *homo homini lupus* que Lacan achacaba –a la vez que la condenaba por su *vulgaridad*– a los *biólogos* de orientación darwiniana. Y ciertamente no pudieron haber aceptado la insistencia de Lacan en localizar el origen de la agresividad humana en el estadio del espejo –que, al decir de Lacan, no comienza hasta llegado el sexto mes–, desconociendo los buenos motivos que habían llevado a Freud a denominar oral o *canibalista* y *sádico-anal* a las dos primeras fases del desarrollo de la organización sexual infantil.

¿Y cómo encajarían los psicoanalistas allí reunidos la desventura con la que el joven francés corregía al fundador de la teoría psicoanalítica?:

«No hablaremos aquí, como lo hace Freud, del autoerotismo, ya que el yo no se ha constituido aún, ni de narcisismo, ya que no existe ninguna imagen del yo; ni menos aún de erotismo oral (...)»

Jacques Lacan: 1938, *La familia*, Capítulo I *La imago del seno materno*, Homo Sapiens, Argentina, 1977, traducción de Vittorio Fishman.

Si realmente fue *bastante calurosa* la acogida recibida por su intervención del congreso, ¿cómo explicar que Lacan, en vez de permanecer en él prolongando el diálogo intelectual que esa calurosa acogida habría hecho posible, abandonara el congreso para desplazarse a Berlín a contemplar las Olimpiadas que en ese momento (1936) estaban teniendo lugar bajo los auspicios del régimen nazi? Es el propio Lacan quien así lo cuenta en uno de sus seminarios:

«Yerra usted el blanco en efecto, proseguiré yo, dirigiéndome a la memoria de Ernst Kris, tal como la he conservado del Congreso de Marienbad, del que me despedí después de mi comunicación sobre el estadio del espejo, preocupado como estaba de ir a husmear la actualidad, una actualidad cargada de promesas, en la Olimpiada de Berlín. Me objetó amablemente, en francés: “*Ça ne se fait pas!*”, ganado ya por esa tendencia a lo respetable que es tal vez la que da aquí ese sesgo a su actitud.»

Jacques Lacan: 1958, *La dirección de la cura y los principios de su poder*, II. ¿Cuál es el lugar de la interpretación?, en *Escritos*, vol. I, Siglo XXI, México, 1972. Traducción de Tomás Segovia revisada con la colaboración del autor y de Juan David Nasio.

El mismo Lacan que se da por ofendido por no haber sido suficientemente escuchado en el congreso, lo abandona nada más intervenir él mismo sin manifestar el menor respeto ni prestar la menor escucha a los otros congresistas que habrían de intervenir tras él. Y se refiere a ellos –a los que sí asistieron a todo el congreso, incluidos por tanto los que le escucharon a él– como *respetables* dando a esta palabra un indubitable tono peyorativo. Y, por supuesto, tampoco está dispuesto a anotar que ese *Ça ne se fait pas!* pudiera referirse, además de a la incorrección de negarse a escuchar a sus colegas, a la incomodidad personal y emocional que Ernst Kris, quien solo dos años después habría de exiliarse de la Austria anexionada por Alemania, experimentaba ante la desenvoltura con la que su colega francés proclamaba su interés por asistir a las Olimpiadas de Berlín de 1936.

¿Estaba *cargada de promesas la actualidad* del Berlín de entonces? Ciertamente, pero de las más oscuras. Y la que más directamente acababa de afectar al psicoanálisis –por lo que sin duda hubo de ser tema constante en los pasillos del congreso de Marienbad– había sido la culminación del proceso de depuración aria de la Sociedad Psicoanalítica Alemana que se había saldado, el año anterior, 1935, con la expulsión de todos los psicoanalistas judíos.

Roudinesco no dudó en restarle importancia al asunto

El más arriba consignado señalamiento por parte de Roudinesco de *lo tomado en préstamo* por Jacques Lacan de la obra de Henri Wallon nunca ha llegado a producir mayores efectos en el mundo intelectual, y mucho menos en el propiamente lacaniano. Y ello en buena medida porque la misma Roudinesco, como ya hemos comenzado a mostrar, no dudó en restarle importancia al asunto. Si Lacan se apropió de lo que no era suyo, viene a decirnos, en seguida *lo cambió de arriba a abajo* en una nueva teoría que no cesaría de crecer y enriquecerse por obra ya directa del genio lacaniano. Todo quedaría, en suma, en un comprensible error de juventud reducido, por lo demás, a no reconocer que había sido Henry Wallon quien habría establecido determinados datos empíricos de los que solo Lacan habría sido capaz de sacar las potencialidades teóricas que contenían:

«Esa prueba [la del espejo, tal y como la habría establecido Wallon], Lacan la transforma en estadio, es decir en una “posición” en el sentido kleiniano, en la cual desaparece toda referencia a una dialéctica natural cualquiera (maduración psicológica o progreso del conocimiento) que permitiera al sujeto unificar sus funciones. Desde ese momento, el estadio del espejo (...) Se convierte en una operación psíquica, incluso ontológica, por la cual se constituye el ser humano en una identificación con su semejante cuando percibe, siendo niño, su propia imagen en el espejo. El estadio del espejo en el sentido lacaniano sería así la matriz, por anticipación, del devenir imaginario del yo.»

Élisabeth Roudinesco (1993): *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento, Tercera parte: La edad adulta, IV Marienbad*. Fondo de Cultura Económica, Colombia, 2000.

Suena bien... sólo que no fue así. Pues, como estamos en condiciones de probar, las ideas principales que Lacan obtendría de esos datos –que, por lo demás, como Wallon declara sobradamente, ya habían sido establecidos con anterioridad a él por una serie de investigadores a los que cita minuciosamente– pueden reconocerse con suficiente claridad tanto en la obra de Wallon como en la de James Mark Baldwin.

3 «Por momentos el lector menospreciará en el texto la aparición de ideas que juzgará prelacanianas: las referencias a la «personalidad» o algunas frases sobre síntesis yoicas, las que, es cierto, carecen de ubicación en el desarrollo ulterior de la doctrina lacaniana.» Oscar MASOTTA: Prólogo a *La familia*, Editorial Argonauta, Chile, 1978.

Y la mejor y más práctica manera de hacerlo es abandonar el texto de 1938 aparecido en la *Encyclopédie Française* dado que suele ser catalogado como *prelacaniano*³ por la mayor parte de los seguidores de Lacan, y mostrar en cambio como en las reelaboraciones posteriores que Lacan realizara de *su Estadio del Espejo* esas deudas se hacen cada vez más sorprendentemente patentes.

Empezaremos, para ello, con la enigmática figura –pues como tal comparece, citada una única vez en toda la obra lacaniana y sin apoyo de la menor referencia bibliográfica– de James Mark Baldwin.

II. Baldwin, Bühler, Köhler

Baldwin, Preyer

En el 16º Congreso Internacional de Psicoanálisis, realizado en Zurich, en 1949, trece años más tarde, por tanto, del Congreso de Marienbad, Lacan retomó la cuestión del Estadio del Espejo en una comunicación que, esta vez sí, entregaría para su publicación: *El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. El texto comienza apelando, de manera insistente, al anterior nunca publicado:

«La concepción del estadio del espejo que introduje en nuestro último congreso, hace trece años, por haber más o menos pasado desde entonces al uso del grupo francés, no me pareció indigna de ser recordada a la atención de ustedes: hoy especialmente en razón de las luces que aporta sobre la función del yo [je] en la experiencia que de él nos da el psicoanálisis. (...)

«Acaso haya entre ustedes quienes recuerden el aspecto del comportamiento de que partimos, iluminado por un hecho de psicología comparada: la cría de hombre, a una edad en que se encuentra por poco tiempo, pero todavía un tiempo, superado en inteligencia instrumental por el chimpancé, reconoce ya sin embargo su imagen en el espejo como tal. (...)

«Este acto (...) rebota en seguida en el niño en una serie de gestos en los que experimenta lúdicamente la relación de los movimientos asumidos de la imagen con su medio ambiente reflejado, y de ese complejo virtual a la realidad que reproduce, o sea con su propio cuerpo y con las personas, incluso con los objetos, que se encuentran junto a él.

Este acontecimiento puede producirse, como es sabido desde los trabajos de Baldwin, desde la edad de seis meses, y su repetición ha atraído con frecuencia nuestra meditación ante el espectáculo impresionante de un lactante ante el espejo, que no tiene todavía dominio de la marcha, ni siquiera de la postura en pie, pero que, a pesar del estorbo de algún sostén humano o artificial (lo que solemos llamar unas andaderas), supera en un jubiloso ajeteo las trabas de ese apoyo para suspender su actitud en una postura más o menos inclinada, y conseguir, para fijarlo, un aspecto instantáneo de la imagen.»

Jacques Lacan: 1949, El estadio del espejo como formador de la función del yo, en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México, 1972, traducción de Tomás Segovia.

El dato más notable de esta presentación del estadio del espejo estriba, además de la habitual sobreescritura de la primera persona autoral –*La concepción del estadio del espejo que introduje en nuestro último congreso... el aspecto del comportamiento de que partimos... su repetición ha atraído con frecuencia nuestra meditación...*–, en la afirmación de que fue Baldwin quien habría establecido los datos fundamentales relativos a la conducta del niño ante el espejo. Como es costumbre en Lacan, la mención no se ve acompañada de referencia bibliográfica alguna, pero ello no ha impedido que legiones de psicoanalistas lacanianos la hayan aceptado y repetido sin tomarse nunca la molestia de contrastarla. Porque, si lo hubieran hecho, se habrían dado cuenta de algo de lo que al parecer solo un psicólogo cognitivo, Renné Zazzo –así lo reporta Émile Jalley⁴– fue capaz de reparar: que Baldwin no había hecho nunca referencia a la conducta del niño ante el espejo.

4 Émile JALLEY: 1998, *Freud, Wallon, Lacan. L'enfant au miroir*, E.P.E.L., Paris, 1998.

5 Michael BILLIG: 2006, *Lacan's Misuse of Psychology. Evidence, Rhetoric and the Mirror Stage*, en *Theory, Culture & Society*, 2006; 23; 1.

6 James Mark BALDWIN: *The Mental Development of the Child and the Race* 3ª ed., Macmillan & Co., New York, 1906.

7 James Mark BALDWIN: *Social and Ethical Interpretations in Mental Development: A Study in Social Psychology*, Macmillan Company, New York, 1899.

8 James Mark BALDWIN: *Imitation: A Chapter in the Natural History of Consciousness*, Mind, London, Jan., 1894.

9 James Mark BALDWIN: *The 'Type-Theory' of Reaction*, *Mind* NS 5, 1896.

10 James Mark BALDWIN: *Social Interpretations: A Reply*, *Philosophical Review*, Vol.5, 1898.

11 James Mark BALDWIN: *The Individual and Society or Psychology and Sociology*. Boston: Richard G. Badger (1911).

12 William T. PREYER: 1882, *El alma del niño: observaciones acerca del desarrollo psíquico en los primeros años de la vida*, Preyer, D. Jorro, Madrid, 1908, traducción de Martín Navarro.

Michael Billig⁵ lo ha confirmado por lo que se refiere a las dos principales obras de James Mark Baldwin (1861-1934) –*Mental Development in the Child and the Race* (1895)⁶, *Social and Ethical Interpretation in Mental Development* (1899)⁷–, y nosotros hemos podido confirmarlo de nuevo ampliando la revisión, junto a estas dos obras, de los otros escritos más relevantes del psicólogo americano: *Imitation: A Chapter in the Natural History of Consciousness* (1894)⁸, *The 'Type-Theory' of Reaction* (1896)⁹, *Social Interpretations: A Reply* (1898)¹⁰, *The Individual and Society or Psychology and Sociology* (1911)¹¹.

De hecho, como ya hemos señalado, fue Darwin quien primero informó sobre observaciones referidas a esa conducta, pero fue sobre todo William Thierry Preyer (1841-1897) quien, en su libro de 1882 *El alma del niño: observaciones acerca del desarrollo psíquico en los primeros años de la vida*¹², rendía cuentas de las observaciones sistemáticas realizadas por él mismo sobre la evolución de la conducta del niño ante el espejo. Observaciones tomadas muy en serio por Henri Wallon (1879-1962) y por tanto reportadas de manera detenida en su libro de 1934 –en el que reunía una serie de artículos publicados entre 1930 y 1932– *Los orígenes del carácter en el niño. Los preludios del sentimiento de personalidad*.

En sus obras, Baldwin cita frecuentemente a Preyer, como no podía ser de otra manera dada la relevancia de éste en el campo de la psicología evolutiva, pero, como ya hemos señalado, no

presta atención a esas anotaciones de Preyer sobre la conducta del niño a las que sin embargo Wallon dedicará tan detenida atención.

En su momento, René Zazzo sugirió que la extraña atribución realizada por Lacan a Baldwin podría ser el producto de una confusión de éste con Darwin, quien, como ya sabemos, había anotado la conducta del niño ante el espejo. Por su parte, Émile Jalley suscribe la opinión de Zazzo, pero ello no le impide señalar que en esa confusión se encontraría:

«une preuve nouvelle du fait que Lacan, lorsqu'il mentionne des auteurs cités par ailleurs par Wallon (Baldwin, E. Köhler, C. Bühler), paraît les connaître non de source directe, mais par le canal même du texte de Wallon.»

Émile Jalley: 1998, *L'enfant au miroir, Partie 2^a Les psychologues et la psychanalyse: l'enfant au miroir, Chapitre 15. Les embarras de Wallon et de Lacan*, E.P.E.L., Paris, 1998.

Y ciertamente ese es uno de los motivos recurrentes de su libro: todo el –escasísimo, añadamos nosotros– aparato de referencias que Lacan presenta en apoyo de *su* Estadio del Espejo era de segunda mano: Lacan no las conocía de fuente directa sino que las había obtenido de la lectura del libro de Wallon.

Son tantas y tan abundantes las pruebas que de ello presenta Jalley que nos conformaremos con remitir a su lectura y presentar, a título suficientemente indicativo, el resultado de su examen de las referencias realizadas por Lacan a las dos autoras a las que atribuye, junto a Baldwin, los datos fundamentales que habrían constituido el punto de apoyo de sus reflexiones: Charlotte Bühler y E. Köhler:

«En ce qui concerne Ch. Bühler et E. Köhler, qu'il cite 5 fois alors que Wallon n'est mentionné qu'une seule fois dans le corps du texte des Écrits, il est possible, avançons-nous précédemment, qu'il les ait lues. Cependant, il faut bien dire que, plus on y regarde de près, comme nous l'avons tenté, plus cela semble douteux. Non seulement Lacan attribue a Ch. Bühler des données qui ne se trouvent que dans l'oeuvre d'E. Köhler, mais encore il réfère a Ch. Bühler, par une véritable operation de déplacement, des notions d'importance capitale dont le seul et authentique auteur est Wallon lui-même».

Émile Jalley: 1998, *L'enfant au miroir, Partie 1^a Le stade du miroir et ses antécédents, capítulo 9. Wallon ou Charlotte Bühler?*, E.P.E.L., Paris, 1998.

Tan contundentes son las pruebas suministradas por Jalley –y confirmadas posteriormente por otra vía por Billig¹³– que resulta

13 Michael BILLIG: 2006, *Lacan's Misuse of Psychology. Evidence, Rhetoric and the Mirror Stage*, *op. cit.*

obligado suprimir la precaución inicial que esta última cita contiene y que, por un exceso de cortesía ante el prestigio de Lacan en el mundo cultural contemporáneo, lleva al autor a dejar abierta la puerta a la posibilidad de que, con todo, Lacan *hubiera leído* las fuentes que cita. Pero si así hubiera sido, la atribución a Ch. Bühler de una aportación teórica *de importancia capital* de Wallon ya no podría ser atribuida a un escaso conocimiento de la temática manejada –el que podría deducirse de alguien que solo conocería de la psicología evolutiva lo que habría leído apresuradamente en Wallon–, sino a una voluntaria y calculada operación de borrado de la valía intelectual del autor cuya obra –todos los datos lo confirman de manera evidente– tan atentamente había estudiado e incorporado.

Charlotte Bühler, Elsa Köhler

Por nuestra parte, y como confirmación suplementaria, nos limitaremos, por lo que se refiere a la ausencia de lectura directa por parte de Lacan de estas dos psicólogas, tan solo a aportar una minúscula –pero en extremo reveladora– prueba complementaria.

Se encuentra en la notable excepción que constituye la nota a pie de página presente en el texto de Lacan de 1946, *Acerca de la causalidad psíquica*. Pues allí, por una vez, no conformándose con su costumbre habitual de citar al vuelo un apellido, Lacan se toma la molestia –realmente excepcional en su obra– de establecer las –para los demás– obligadas referencias bibliográficas. Así, tras nombrar a Charlotte Bühler en el cuerpo del texto, abre una nota a pie de página con el siguiente contenido:

«*Soziologische u. psychologische Studien über das erste Lebensjahr*, Jena, Fisher, 1927. Véase también: Elsa Köhler, *Die Persönlichkeit des dreijährigen Kindes*, Leipzig, 1926»

Jacques Lacan: 1946, *Acerca de la causalidad psíquica*, epígrafe; Los efectos psíquicos del modo imaginario, en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México, 2009, traducción de Tomás Segovia y Armando Suárez.

En la edición original de Éditions du Seuil de 1966, la nota figura así:

Charlotte Bühler, *Soziologische n. [sic] psychologische Studien über das erste Lebensjahr [sic]*, Jena, Fisher, 1927. Voir aussi Elsa Köhler, *Die Persönlichkeit des dreijährigen Kindes*, Leipzig, 1926.

Jacques Lacan: 1966, Éditions du Seuil, Paris, 1966.

Obsérvese que la referencia al libro de Charlotte Bühler contiene, junto a la ciudad –Jena– y la fecha –1927–, referencia a la editorial –Fischer–, mientras que la referencia al de Elsa Köhler sólo incluye la ciudad –Leipzig– y la fecha –1926–, en ausencia de referencia a la entidad editora del trabajo. Pues bien, lo notable es que es exactamente de esa manera como ambas autoras aparecen referenciadas en *Los orígenes del carácter en el niño* de Wallon, la primera en la nota 11 del Capítulo 1 de la 2ª parte:

«11. Charlotte Bühler, *Sociologische u. psychologische Studien über das erste Lebensjahr*, Fischer, Jena, 1927.»

Wallon, Henry: 1934 (1930-1932) *Los orígenes del carácter en el niño. Los preludios del sentimiento de personalidad, 2ª Parte Conciencia e individuación del cuerpo propio, Capítulo 1: Las premisas psicofisiológicas de la conciencia corporal, epígrafe c) Primeras reacciones del aparato exteroceptivo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1975.

Y en la segunda en la nota 18 del Capítulo 4, de la 3ª parte:

«18. Elsa Köhler, *Die Persönlichkeit des dreijährigen Kindes*, Leipzig, 1926.»

Wallon, Henry: 1934 (1930-1932) *Los orígenes del carácter en el niño. Los preludios del sentimiento de personalidad, 3ª Parte: La conciencia de sí, Capítulo 4 Sincretismo diferenciado: II) La simpatía, e) Simpatía y lenguaje*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1975.

En suma: Lacan no se molestó ni siquiera en visitar la biblioteca donde al menos podría obtener la referencia bibliográfica completa del libro que había encontrado citado en *Los orígenes del carácter en el niño* de Henri Wallon.

Un acto fallido

De modo que todo parece indicar que la referencia a Baldwin resultaba idónea para Lacan, dada la antigüedad de su obra, a la hora de facilitar el borrado de toda referencia a Wallon, un autor ciertamente posterior a aquel, al menos entre quienes no se molestarían nunca en leerle y constatar que él, científico riguroso, no presentaba como propias las observaciones de las que partía, sino que identificaba con toda precisión su origen en una obra, la de Preyer, cuya fecha, 1882, era anterior a todas las de Baldwin.

Mientras que la referencia a Preyer hubiera hecho imposible la omisión de la figura de Wallon, dadas las insistentes referencias a aquel en el

libro de éste, la referencia a Baldwin –un científico norteamericano de una generación anterior– resultaba idónea para la operación distractiva, lo que facilitaba a Lacan presentarse ante la comunidad intelectual francesa como dotado de fuentes propias y autónomas con respecto a quien era en ese momento, junto a Guillaume, la máxima autoridad del país en la psicología evolutiva.

Ya hemos señalado que Jalley acepta en cualquier caso la sugerencia de Zazzo según la cual Lacan habría confundido a Baldwin con Darwin y trata de completarla con material suplementario que dibujaría el proceso de construcción del acto fallido:

«*L'étudiant de Prague*, dont l'auteur était le romancier allemand Ewers, *le Hoffmann moderne*. Ce film, adapté en français avait été représenté à Paris deux ans, nous dit Rank, avant la publication française de son livre, soit en 1930. Il mettait en scène un héros persécuté par son double sous forme de sa propre image devenue indépendante, et qui se prénomme Baldwin. Or il est permis de se demander si ce personnage de Baldwin, alors en vogue sur la scène parisienne, et dont Rank nous parle longuement dans son ouvrage, ne représenterait pas, par un singulier hasard, le point de départ associatif du curieux lapsus par lequel Lacan substitue, dans son texte de 1936-1949 sur *Le Stade du miroir* le patronyme de Baldwin à celui de Darwin.»

Émile Jalley: 1998, *L'enfant au miroir, Partie 1^o Le stade du miroir et ses antécédents, capítulo 11. L'image spéculaire chez Freud, épigrafe Le thème du double*, E.P.E.L., Paris, 1998.

Aunque en ningún momento lo dice así, todo parece indicar que Jalley imagina que el conocimiento que Lacan podría tener de la obra de Baldwin, se limitaría, como en el caso de las obras Charlotte Bühler y de Elsa Köhler, a meras referencias de segunda mano que pasarían también por Wallon.

Tenemos, sin embargo, buenos motivos para afirmar que esta vez no fue ese el caso. Pues si Lacan atribuía a Baldwin –que no a Darwin– aportaciones que éste nunca había realizado –y que, por lo demás, quedaban reducidas al ámbito de la fijación de datos empíricos, no a la realización de aportaciones teóricas sobre los mismos–, es posible afirmar la existencia de una intensa influencia de Baldwin en Lacan, precisamente allí donde no le cita –y, por tanto, donde no duda en incorporar sus más sugerentes aportaciones.

Baldwin, Hegel

Recordemos la proposición de Lacan:

«Es esta captación por la *imago* de la forma humana (...) la que entre los seis meses y los dos años y medio domina toda la dialéctica del comportamiento del niño en presencia de su semejante.»

Jacques Lacan: 1948 La agresividad en psicoanálisis, Tesis IV: La agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que..., en *Escritos 2*, Siglo XXI, México, 1980, traducción de Tomás Segovia.

«La distinción entre conciencia y cuerpo se efectúa en ese brusco intercambio de roles que tiene lugar en la experiencia del espejo cuando se trata del otro. (...) nos reconocemos como cuerpo en la medida en que esos otros, indispensables para reconocer nuestro deseo, también tienen un cuerpo, o más exactamente, que nosotros al igual que ellos lo tenemos.»

Jacques Lacan: *Seminario 1*, 1953-1954 *Los escritos técnicos de Freud*, sesión de 1954-04-07. Traducción de Rithee Cevasco y Vicente Mira Pascual, revisión de Diana Rabinovich con el acuerdo de Jacques-Alain Miller.

«El hombre se aprehende como cuerpo, como forma vacía del cuerpo, en un movimiento de báscula, de intercambio con el otro.»

Jacques Lacan: *Seminario 1*, 1953-1954 *Los escritos técnicos de Freud*, sesión de 1954-05-05. Traducción de Rithee Cevasco y Vicente Mira Pascual, revisión de Diana Rabinovich con el acuerdo de Jacques-Alain Miller.

Cuarenta años antes, Baldwin había propuesto un notable modelo de la construcción de la subjetividad del niño a partir de su relación con el otro, que partía de la caracterización de una primera fase *proyektiva* en la que la *conciencia* del niño comienza a localizarse por proyección en las personas que reconoce como *agencias de poder*, que daría paso a una segunda fase en la que

«his sense of his own subject-agency arises by a process of imitation, he gets what is really social feeling; the sense of others as 'ejective,' that is, as like and equal to himself»

James Mark Baldwin: 1895 *Mental Development in the Child and the Race*, Parte I: Experimental Foundation, Capítulo 6: Suggestion, 3. Sensori-motor Suggestion, II. Suggestions of Personality, 3ªed., New York: Macmillan & Co. (1906).

«The child's subject sense goes out by a kind of return dialectic, which is really simply a second case of assimilation, to illuminate these other persons. The project of the earlier period is now lighted up, claimed, clothed on with the raiment of self-hood, by analogy

14 El contenido de esta cita había sido publicado ya, con sólo mínimas diferencias, un año antes en James Mark BALDWIN: 1894, *Imitation: A Chapter in the Natural History of Consciousness*, Mind, London, Jan., 1894.

with the subjective. The projective becomes ejective; that is, other people's bodies, says the child to himself, have experiences in them such as mine has. They are also me's: let them be assimilated to my me copy. This is the third stage; the ejective, or 'social' self, is born.»

«The ego and the alter are thus born together. Both are crude and unreflective, largely organic, an aggregate of sensations, prime among which are efforts, pushes, strains, physical pleasures and pains. And the two get purified and clarified together by this two-fold reaction between project and subject, and between subject and eject. My sense of myself grows by imitation of you, and my sense of yourself grows in terms of my sense of myself.»

James Mark Baldwin: 1895, *Mental Development in the Child and the Race*, Parte III: Psychological Genesis, Capítulo 11: Conscious Imitation (Continued): The Origin of Thought and Emotion, 3. Emotion and Sentiment, 3ª ed., New York: Macmillan & Co. (1906).

En algo tenía razón Zazzo, después de todo: lo que Lacan presentaba como aportación de Baldwin se reducía a algo que, en buena medida, ya había sido identificado por Darwin. Y, ciertamente, Lacan vino a introducir el concepto freudiano de identificación allí donde Baldwin hablaba de imitación. Pero lo hizo con la voluntad explícita –así proclamada desde el texto de *Encyclopedie française*¹⁵– de superar sus insuficiencias enriqueciéndola por la vía de la definición de un dialéctica especular cuya basculación entre el yo y el otro se manifiesta cargada con las resonancias del esquema teórico central dibujado por Baldwin, quien, además, había realizado un primer esbozo de la inevitable –por estructural– confusión del deseo entre el yo y el otro:

«much of what I fancy, hope, desire holds for self in general, without distinction as to which self it is; it remains the same whether I do actually qualify it by the word "my" or by the word "your".»

This is true just in so far as there is a certain typical other self whose relation to me has been that of the give-and-take by which the whole development of a sense of self of any kind has been made possible.»

James Mark Baldwin: 1899 *Social and Ethical Interpretation in Mental Development*, Libro I : The Person Public and Private, Parte I. The Imitative Person, Capítulo I, The Self-conscious Person, 2. The Person as a Self. New York: Macmillan Company, 1899.

15 «La identificación afectiva es una función psíquica cuya originalidad ha sido establecida por el psicoanálisis especialmente en el complejo de Edipo, como lo veremos luego. Sin embargo, la utilización de este término en el estadio que estudiamos no ha sido definida con precisión en la doctrina: hemos intentado solucionar el problema a través de una teoría de esta identificación cuyo momento genético designamos con el término de estadio del espejo.» Jacques LACAN: 1938, *La familia*, Capítulo I, El estadio del espejo, Homo Sapiens, Argentina, 1977, traducción de Vittorio Fishman.

Y de esa confusión se derivaría inevitablemente el conflicto, en el campo del deseo, no sólo entre el yo y el otro, sino en el interior mismo de un yo que, por eso mismo, resultaría inevitablemente *dividido*:

«volition represents a co-ordination of tendencies, then according as these tendencies are suggestions from other persons, on the one hand, and represent partial expressions of one's own personal character, on the other hand, there arises a division within that

sense of voluntary agency which is the germ of the notion of self. Your suggestion to me may conflict with my desire; my desire may conflict with my own present sympathy. Self meets self, so to speak. The self of accommodation, imitation, the self that learns, collides with the self of habit, of character, the self that seeks to dominate. (...) Your example is powerful to me intrinsically; not because it is abstractly good or evil, but because it represents a part of myself, inasmuch as I have become what I am in part through my sympathy with you and imitation of you.»

James Mark Baldwin: 1895, *Mental Development in the Child and the Race*, Parte III: Psychological Genesis, Capítulo 11: Conscious Imitation (Continued): The Origin of Thought and Emotion, 3. Emotion and Sentiment, 3ªed., Macmillan & Co., New York, 1906.

No menos notable es que Baldwin haya empleado, para caracterizar el paso de la fase proyectiva a la ejecutiva la expresión *cleavage* –*But it is only when a new kind of experience arises which we call effort — a set opposition to strain, stress, resistance, pain, an experience which arises, I think, first as imitative effort — that there comes that great line of cleavage in his experience which indicates the rise of volition...*— exactamente en el mismo sentido que poseerá el *clivage* lacaniano¹⁶.

Momento este apropiado para señalar que si Lacan quiso presentarse siempre como el primero en introducir la filosofía hegeliana en el ámbito de los estudios psicológicos sobre la construcción de la subjetividad importando las categorías hegelianas del *reconocimiento* y de la dialéctica del amo y del esclavo como el fundamento de la agresividad humana –cuyo origen data en el estadio del espejo–, la cita que acabamos de presentar permite intuir que esas nociones se encuentran ya en acción en el trabajo de Baldwin. Pero antes de confirmarlo, recordemos los enunciados lacanianos:

«(...) el primer efecto de la *imago* que aparece en el ser humano es un efecto de *alienación* del sujeto. En el otro se identifica el sujeto, y hasta se experimenta en primer término, fenómeno que nos parecerá menos sorprendente si nos acordamos de las condiciones sociales fundamentales del *Umwelt* humano, y si evocamos la intuición que domina a toda la especulación de Hegel.

«El deseo mismo del hombre se constituye, nos dice, bajo el signo de la mediación; es deseo de hacer reconocer su deseo. Tiene por objeto un deseo, el del otro, en el sentido de que el hombre no tiene objeto que se constituya para su deseo sin alguna mediación, lo cual aparece en sus más primitivas necesidades, como por ejemplo en la circunstancia de que hasta su alimento debe ser preparado, y que se vuelve a encontrar en todo el desarrollo de su satisfacción a partir del conflicto entre el amo y el esclavo mediante toda la dialéctica del trabajo.»

¹⁶ Los traductores del *Seminario 1*, Rithee Cevalco y Vicente Mira Pascual, lo definen así «*Clivage*, del verbo *cliver*: partir [un cuerpo mineral, un diamante] en el sentido natural de sus capas; superficie según la cual se parte una roca. De origen holandés, usado en el comercio de diamantes –el corte exacto de la piedra– pasó al francés y al inglés»

Jacques Lacan: 1946, *Acerca de la causalidad psíquica*, epígrafe; Los efectos psíquicos del modo imaginario, en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México, 2009, traducción de Tomás Segovia y Armando Suárez.

Merecería la pena detenerse a citar las notables páginas en las que Baldwin se demora en analizar las relaciones del niño con sus padres y hermanos mayores en la posición del esclavo ante sus amos y, simultáneamente, en la del amo ante sus esclavos por lo que se refiere a sus hermanos menores¹⁷. Pero deberemos conformarnos con retener lo más sustantivo por lo que se refiere al tema que nos ocupa aquí:

17 James Mark BALDWIN: *Social and Ethical Interpretations in Mental Development: A Study in Social Psychology*, Libro I: The Person Public and Private, Parte I. The Imitative Person, Capítulo I. The Self-conscious Person, 2. The Person as a Self, Macmillan Company, New York, 1899.

«Hegel (...) makes reality identical with thought, finds consciousness, and especially self-consciousness, the 'coming-to-itself' of reality, and sees in social organization the objectivation or universalizing of the self-consciousness which first 'comes-to-itself' in the individual. (...)

«Hegel's answer is, in respect to the social material, similar to the view which we have developed. He shows the dependence of personal development upon progressive social conditions, seen earliest in the fact of subjection, as of slave to master. Later, through the influences of family and state, certain regular self-limitations, mutual relationships, necessities of life and intercourse, grow up which have the quality of general or public value when recognized by all.

(...) it is the nature of thought to recover or recognize itself as universal (Anerkennung) on this higher plane of social self-consciousness. (...)

«Hegel's distinction between "subjective mind" and "objective spirit" That is, metaphysical. The process of "self-recognition" (das anerkennende Selbstbewusstsein) is described by Hegel as a "battle". "I cannot be aware of me as myself in another individual, so long as I see in that other another and an immediate existence: and I am consequently bent on the suppression of this immediacy of his (...) The fight of recognition is a life and death struggle (...) The fight ends in the first instance as a one-sided negation with inequality (...) Thus arises the status of master and slave In the battle for recognition and the subjugation under a master, we see, on their phenomenal side, the emergence of man's social life and the commencement of political union." -Encyclopadia, Part III., Sects. 431-3 (Wallace's translation, Hegel's Philosophy of Mind, p. 55 f.)»

James Mark Baldwin: 1899, *Social and Ethical Interpretations in Mental Development: A Study in Social Psychology*, Libro II Society, Parte VI. Social Organization, Capítulo XII: Social Matter and Process», New York: Macmillan Company (1899).

Como puede observarse, Baldwin había establecido la partitura casi perfecta de las referencias que Lacan haría a Hegel en su teoría del espejo como origen de la agresividad humana:

«En el origen, antes del lenguaje, el deseo sólo existe en el plano único de la relación imaginaria del estadio especular; existe proyectado, alienado en el otro. La tensión que provoca no tiene salida. Es decir que no tiene otra salida –Hegel lo enseña– que la destrucción del otro.

«En esta relación, el deseo del sujeto sólo puede confirmarse en una competencia, en una rivalidad absoluta con el otro por el objeto hacia el cual tiende. Cada vez que nos aproximamos, en un sujeto, a esta alienación primordial, se genera la agresividad más radical: el deseo de la desaparición del otro, en tanto el otro soporta el deseo del sujeto.»

Jacques Lacan: *Seminario 1, 1953-1954 Los escritos técnicos de Freud*, sesión de 1954-05-05. Traducción de Rithee Cevasco y Vicente Mira Pascual, revisión de Diana Rabinovich con el acuerdo de Jacques-Alain Miller.

Wallon: rivalidad, dominación y despotismo

Sin llegar a ello por la vía de Hegel, también Wallon había encontrado en el examen de los datos obtenidos por la vía de la observación psicológica los elementos para el aislamiento de la dialéctica de la rivalidad, la dominación y el despotismo en el proceso de construcción del yo del niño:

«La rivalidad puede ser competición en el juego. Pero algunas veces se refiere verdaderamente al objeto y otras, el objeto no parece ser más que un pretexto. Entre dos niños que se disputan un juguete determinado y dos niños que se disputan cualquier cosa que uno de los dos pueda tener entre sus manos, se pueden observar todos los casos intermedios. Con frecuencia, la misma pareja los atraviesa con cierta rapidez, al acaparar gradualmente toda la situación, la relación psicológica nacida de la pareja misma. A menudo la rivalidad es directa y repentina. Los dos niños buscan dominarse y golpearse mutuamente, sea por juego, sea con animosidad. (...)

«El despotismo es el sentimiento de superioridad que busca ejercerse en su forma pura. Es todavía esencialmente participación porque se funda no precisamente sobre la derrota del adversario, sino sobre el sentimiento que el adversario tiene de su derrota. No se da por completo sin el consentimiento reconocido o supuesto del vencido. Esta necesidad de dominación no está utilizada, es muy primitiva. Se funda en una falta de autonomía frente al otro, en la confusión inicial de sí y del otro en una misma situación sentimental. Esta asimilación sentimental puede hacerse con acuerdo o en conflicto, sin que la situación llegue a ser mucho más complicada. Por otra parte, el despotismo no implica necesariamente los malos tratos o la hostilidad. Por simple juego y movimiento cariñoso un niño toma, da y vuelve a tomar el juguete a aquel que se complace en sentir su dominación. El despotismo es, con frecuencia, más benigno todavía. Sólo exige señales de asentimiento o de admiración. El

niño que hace alarde no se contenta solamente con ser mirado, es necesario que su actividad sea duplicada por una actividad que la apruebe o le sirva. El déspota no podría ser tal sin la docilidad del otro. Es esta docilidad lo que necesita. Depende de ella.»

Wallon, Henry: 1934, *Los orígenes del carácter en el niño. Los preludios del sentimiento de personalidad*, 3ª Parte: La conciencia de sí, Capítulo 2 Sociabilidad sincrética, Nueva Visión, Buenos Aires, 1975, pp. 238-239,

III *Contra la psicología, ilegibilidad*

Psicología

18 Su contenido se publicará en el próximo número de esta revista.

En la próxima entrega de este trabajo¹⁸ nos ocuparemos detenidamente del alcance de la deuda contraída por Lacan con la obra de Henri Wallon, sin duda mucho más importante que la que ya hemos podido reconocer en lo que se refiere a la de Baldwin.

Pero queremos cerrar este primer bloque haciendo dos señalamientos que consideramos importantes y, a la vez, íntimamente relacionados.

El primero tiene que ver con un dato del todo evidente en las consideraciones hasta aquí realizadas: más allá de los autores concretos suscitados como fuentes a partir de las cuales Jacques Lacan no sólo fundamenta sino que levanta su estadio del espejo, es obligado reconocer el rasgo común que, más allá de sus singularidades, los reúne: todos ellos eran psicólogos.

El segundo tiene que ver con la sorprendente actitud que hacia la psicología comenzó a manifestar pronto quien tanto le debía: desde mediados de los años cincuenta, Jacques Lacan comenzó a desacreditar no ya una u otra corriente de la psicología moderna, sino la psicología en su conjunto como una disciplina carente del menor interés para el psicoanálisis:

«Decir que la doctrina freudiana es una psicología es un equívoco grosero.»

Jacques Lacan: 1958, La dirección de la cura y los principios de su poder, V. Hay que tomar el deseo a la letra, en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México, 1972, traducción de Tomás Segovia.

«(...) no hay compromiso posible con la psicología (...)»

Jacques Lacan: 1959, En memoria de Ernest Jones: sobre su teoría del simbolismo, En *Escritos 2*, Siglo XXI, México, 1980, traducción de Tomás Segovia.

«Encontrándose (...) lo que de etiqueta científica se ha constituido ya bajo el nombre de psicología.

«Que nosotros recusamos. Precisamente porque, como vamos a demostrar, la función del sujeto tal como la instaura la experiencia freudiana descalifica desde su raíz lo que bajo este título, cualquiera que sea la forma en que se vistan sus premisas, no hace sino perpetuar un cuadro académico.»

«(...)

«consideramos que la suerte de la psicología está sellada sin remisión.»

«(...)

«la rueda de molino para los filisteos de la psicología general.»

Jacques Lacan: 1960 Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano, en *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México, 1972, traducción de Tomás Segovia.

Especialmente perceptible resulta la latencia intimidatoria de estas admoniciones: quien se aproxime a la psicología no solo incurrirá en *equivoco*, sino que resultará *grosero* –carente pues de la elegancia propia de la escuela–; tenga mucho cuidado aquel que defienda un compromiso allí donde todo compromiso es decretado imposible, pues quien así lo haga será objeto de la *recusación* por parte del maestro, de su *descalificación*, de modo que *su suerte* quedará *sellada sin remisión*. Ciertamente, es la voz del *amo* –en el sentido hegeliano– la que habla a la vez que coloca en la posición de esclavos a los interpelados por la advertencia.

Ahora bien, ¿cómo es posible que el autor que tanto debía a las investigaciones de la psicología evolutiva condenara de manera tan radical a disciplina de las que provenían –y, por tanto, a los autores que las habían realizado?

No es difícil encontrar la respuesta, pues supone tan sólo un paso –aunque eso sí: tan desmesurado como sintomático– en el proceso de borrar en su obra los últimos vestigios de aquellos autores a los que tanto debía.

Si de ello se trataba, ¿qué mejor procedimiento que levantar un muro impermeable entre la psicología y el psicoanálisis convenciendo a las nuevas promociones de psicoanalistas que nada interesante podrían esperar en la psicología? Y, ciertamente, lo consiguió, como lo prueba el hecho de que en el mundo lacaniano casi nadie sabe nada hoy de esas abultadas deudas que nos ocupan, y casi todos se entregan, con total desenvoltura, tanto al desprecio de la psicología, como a un desbocado culto a la personalidad que el propio Lacan fuera el primero en cultivar –hacia sí mismo.

Y así hizo su particular contribución Lacan a esa brecha absurda si no loca –además de anticientífica, y antiuniversitaria– que separa en la actualidad de manera neta, absoluta, a psicólogos y psicoanalistas, como si lo de unos y lo de los otros no fuera un trabajo científico –universitario, es decir, universalista–, sino tribal, orientado a la afirmación de la tribu propia contra la tribu enemiga.

Ilegibilidad

En su biografía de Lacan, Roudinesco fecha el comienzo de la progresiva *ilegibilidad* de la escritura lacaniana en 1937 y ensaya una curiosa respuesta:

«en 1937 (...) su estilo planteaba ya problemas: oscuridad, ilegibilidad, inhibición para entregar un texto en los plazos convenidos, lentitud frente a la publicación, etc. Observemos por otra parte que esa ilegibilidad aparece a partir de 1936, es decir, cuando la frecuentación de Kojève y de Koyré lo lleva a una lectura filosófica de la obra freudiana. Comparada con el “*Más allá del principio de realidad*” y con el texto sobre la familia, la tesis parece de una hermosa limpidez. Todo sucede como si el acceso a la filosofía, todavía mal dominado, arrastrara a Lacan a la ilegibilidad.”

Élisabeth Roudinesco: 1993, *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, Quinta parte La guerra, la paz, Capítulo II. Entre Lucien Febvre y Édouard Pichon, F.C.E., Colombia, 2000, p. 173.

Curiosa respuesta no solo por lo que supone querer encontrarla en la frecuentación de Lacan de los ambientes filosóficos, sino por su atribución a *un todavía mal dominado acceso a la filosofía*. Pues si eso fuera así, de ello debería deducirse una progresiva desaparición de la ilegibilidad según avanzara el dominio de la filosofía... y sin embargo, como todo el mundo sabe –y la lectura de la obra lacaniana acredita de manera neta–, esa ilegibilidad no cesaría de crecer hasta alcanzar la máxima opacidad en esos últimos seminarios en los que ya casi ni siquiera hablaba, sino tan sólo hacía nudos y más nudos... que intentaban atar lo que sus palabras ya habían renunciado definitivamente a tratar de articular.

De modo que sería mucho más razonable explicar esa sorpresiva ilegibilidad que irrumpió en 1937 como el efecto inevitable de la compulsión que empujaba a Lacan a borrar sus primeras deudas intelectuales para construirse a sí mismo en la mascarada de un saber absoluto que, carente de otras fuentes y aportaciones, emergía como la reencarnación de Freud. Pues, ¿qué mejor manera de borrar la huella de toda deuda que haciendo un discurso ininteligible?

Sin duda, como ya hemos señalado, había algo en extremo excesivo en ello que deberá ser interrogado desde la psicopatología. Pero no es menos cierto que su éxito –debido al atractivo mismo de una ilegibilidad que se proclamaba manifestación pura de un saber a los demás inaccesible– probó su particular ajuste con el estado de los tiempos en los que tuvo lugar.

Lo que confirma hasta qué punto le es aplicable a su aventura discursiva la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo. Pues, como es sabido, al final nadie resulta tan dominado, tan sometido al esclavo como el amo, en tanto atrapado por su posición de tal.

Y sin embargo... y sin embargo el propio Lacan no dejó de declarar una y otra vez ese resorte íntimo que volvía ilegible su discurso: ¿acaso no fue él quien teorizó al *sujeto supuesto saber*¹⁹? ¿Acaso no fue él el que afirmó que la verdad *sólo puede decirse a medias*²⁰? Y fue él, sin duda, el que finalmente llegó a declarar que

«Nuestra práctica es una estafa: aprovecharnos haciendo parpadear a la gente, deslumbrarla con palabras que son para el asombro (...)»

«(...)

«Freud dice lo mismo que lo que yo llamo con un nombre francés. De todos modos, él no podía decir que educaba a un cierto número de estafadores. Desde el punto de vista ético, nuestra profesión es insostenible, por otra parte es por eso que yo estoy enfermo de ella, porque tengo un superyó, como todo el mundo.»

Jacques Lacan: 1977, *Seminario 24*, 1976-1977 *Lo no sabido que sabe de la una-equivocación se ampara en la morra*, sesión del 1977-02-26. Traductores: traducción: Susana Sherar y Ricardo E. Rodríguez Ponte, texto establecido por J.A. Miller.

19 Leit-motiv lacaniano que es introducido ya en Jacques LACAN: 1961: *Seminaire 9*, 1961-1962, *L'Identification*, sesión de 1961-11-15, texto establecido por Eric Mocher.

20 Leit-motiv lacaniano que es introducido ya en Jacques LACAN: 1969: *Seminario 17*, 1969-1970 *El reverso del psicoanálisis*, sesión de 17-12-1969, texto establecido por Jacques-Alain Miller, traducción: Enric Berenguer y Miquel Bassols.

«yo hablé del psicoanálisis como pudiendo ser una estafa. (...) El psicoanálisis es quizá una estafa, pero no es cualquiera –es una estafa que cae justo en relación a lo que es el significante, o sea algo muy especial, que tiene efectos de sentido.

«(...) el psicoanálisis no es más una estafa que la misma poesía.

«Si en efecto la lengua –es de ahí que Saussure toma su punto de partida– es el fruto de una maduración, de una madurez, que se cristaliza en el uso, la poesía resulta de una violencia hecha a este uso, de la que tenemos algunas pruebas (...). La filosofía hace todo para borrarla, por lo cual ella es el campo de ensayo de la estafa.»

Jacques Lacan: 1977, *Seminario 24*, 1976-1977 *Lo no sabido que sabe de la una-equivocación se ampara en la morra*, sesión del 1977-03-15, Traductores: traducción: Susana Sherar y Ricardo E. Rodríguez Ponte, texto establecido por J.A. Miller.

«No es sorprendente, ya no me sorprende, que me haya referido a la lingüística, porque la lingüística –no querría forzar la nota– es también una estafa.»

Jacques Lacan: 1977, *Clausura de las Jornadas de la École freudienne de Paris*, 1977-09-25. Traducción de Graciela Leguizamón, María del Carmen, Melegatti y Rafael Perez. Revisión: Raquel Capurro.

Es el propio Lacan quien lo dice: que el psicoanálisis, la filosofía, la poesía y la lingüística son estafas. Claro que cabe la posibilidad de que –¿no es eso lo que diría cualquier psicoanalista que escuchara estas palabras ignorando que fue el propio Lacan quien las dijo?– la estafa sea la del psicoanálisis –y la filosofía, la poesía y la lingüística– de Jacques Lacan.

Entiéndase, en todo caso, lo hasta aquí presentado como sólo una introducción a la exploración de la génesis de un discurso en extremo relevante –si no caracterizador de cierta deriva– del estado de la cultura occidental en el siglo XX. Pues, a pesar de su evidente y cada vez más acentuada ilegibilidad, es un hecho que llegó a generar toneladas de textos de los que resulta del todo incierto si aportan algo al patrimonio del conocimiento humano, pero en los que, sin embargo, es del todo evidente que lo que en ellos se dice, sea algo o nada, está dicho en lacaniano.

(continuará)